

EL CUERVO Y OTROS POEMAS ANTOLOGÍA BILINGÜE ALIANZA EDITORIAL



POE

Edgar Allan Poe

El cuervo
y otros poemas
Antología bilingüe

Selección y traducción de
Antonio Rivero Taravillo



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2017
Cuarta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la selección, la introducción y la traducción: Antonio Rivero Taravillo, 2017
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-708-7
Depósito legal: M. 4160-2017
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Introducción, por Antonio Rivero Taravillo

El cuervo y otros poemas

- 20/21 Song / Canción
22/23 Spirits of the Dead / Espíritus de los muertos
26/27 Evening Star / Lucero de la tarde
28/29 A Dream within a Dream / Un sueño dentro de otro sueño
30/31 A Dream / Un sueño
32/33 “The Happiest Day, the Happiest Hour” / El día más feliz, la hora más grata
34/35 The Lake. To—— / El lago. A...
36/37 To Science—Sonnet / A la ciencia (soneto)
38/39 Al-Aaraaf / Al Aaraaf
72/73 Romance / El romance
74/75 To —— / A...
76/77 To the River—— / Al río...
78/79 To —— / A...
80/81 Fairy-Land / El país de las hadas
84/85 To Helen / Helena
86/87 Israfel / Israfel
92/93 The City in the Sea / La ciudad submarina
96/97 The Sleeper / La durmiente
102/103 Lenore / Leonor
106/107 The Valley of Unrest / El valle de la intranquilidad

- 108/109 The Coliseum / El Coliseo
 112/113 To One in Paradise / A alguien en el paraíso
 114/115 Hymn / Himno
 116/117 To F—— / A F..
 118/119 To F—S S. O—D / A F...S S. O...D
 120/121 Bridal Ballad / Canción nupcial
 124/125 To Zante—Sonnet / A Zante (soneto)
 126/127 The Haunted Palace / El palacio encantado
 130/131 Silence—Sonnet / El silencio (soneto)
 132/133 The Conqueror Worm / El Gusano Conquistador
 136/137 Dream-Land / El país de los sueños
 140/141 The Raven / El cuervo
 154/155 Eulalie—A Song / Eulalia (canción)
 156/157 A Valentine / Tarjeta del día de San Valentín
 158/159 Ulalume—A Ballad / Ulalume (balada)
 166/167 The Bells / Las campanas
 174/175 Eldorado / El Dorado
 176/177 For Annie / Para Annie
 184/185 To my Mother / A mi madre
 186/187 Annabel Lee / Annabel Lee
 190/191 Alone / Solo
- 193 Índice de primeros versos en castellano
 195 Índice de primeros versos en inglés

Introducción

Hijo de unos cómicos ambulantes, ella nacida en Inglaterra, Edgar Allan Poe nació en Boston (Massachusetts) el 19 de enero de 1809. Su padre abandonó muy pronto a la familia, y su madre falleció poco después, quedando el niño al cuidado de esos Allan de los que procede el segundo apellido incrustado en su nombre. Pasó cinco años de su infancia en Inglaterra y Escocia con su familia adoptiva, y luego prosiguió sus estudios en Virginia, en cuya universidad se matriculó un curso antes de incurrir en deudas de juego que le hicieron poner pies en polvorosa y probar suerte en el ejército. Poe ingresó en julio de 1830 en la academia militar de West Point (la de la película *Murieron con las botas puestas*, de Raoul Walsh), donde no llegó a permanecer ni siquiera por espacio de un año. En 1827 había publicado su primer poemario, *Tamerlán y otros poemas* (versión ampliada en 1829), y ya tenía claro que quería dedicarse a la escri-

tura, aunque aún transcurriría un tiempo hasta llegar a ser reconocido.

En septiembre de 1835, Edgar contrajo matrimonio en secreto con su prima Virginia cuando esta contaba solo trece años, y tres años después lo hallamos en Filadelfia, donde colaboró en varias revistas que le granjearon el favor del público. En 1844 se trasladó a Nueva York, donde su suerte empezó a torcerse definitivamente. Fue en la primera mitad de 1842, manifiesta ya la tuberculosis que padecía Virginia, su jovencísima esposa, cuando un Poe atormentado y refugiado en la bebida empezó a concebir «El cuervo». Durante meses, la idea del poema fue desarrollándose en su cabeza, y por fin en el verano de 1844, en un idílico paraje llamado Bloomingdale (traducible como Nava Florida) que contrasta con el lugar representado en el poema, los versos parecieron brotar con rapidez. Después vinieron las correcciones y la limadura constante a la que sometía a su obra, sobre todo la poética, hasta que el 29 de enero de 1845 apareció en una publicación periódica neoyorquina. En seguida fue muy celebrado y lanzó a la fama a su autor, a quien se disputaron las revistas y salones de la alta sociedad. Precisamente en una de aquellas reuniones conoció a la poetisa cuyo nombre, como se aclarará más adelante, late oculto en «Tarjeta del día de san Valentín».

Virginia murió en enero de 1847 en la pequeña casa que por entonces tenía el matrimonio en las afueras de Nueva York. Su propio final no tardó en producirse. En 1849 partió hacia Filadelfia para lo que debía ser un viaje de negocios. Sin embargo, fue hallado casi una semana después, inconsciente, en las calles de Baltimore, donde

murió, tras cuatro días de *delirium tremens* provocados por una fenomenal cogorza, el 7 de octubre de 1849. En su soneto sobre Poe, Borges escribió: «Como del otro lado del espejo / se entregó solitario a su complejo / destino de inventor de pesadillas». Robert Lowell se mostró menos caritativo cuando dijo que Poe fue «tres quintas partes de genio y dos de caramelo dulzón».

Poe se alza en la historia de la literatura como una de esas figuras que, siendo mucho, *son* más de lo que son porque en ellas no apreciamos solo los logros individualmente alcanzados sino la fecundidad en autores y movimientos posteriores cuya trayectoria ya no podemos distinguir de su estímulo. Su huella es doble y enorme, y no se debe a una única novela por entregas (*La narración de Arthur Gordon Pym*) o a los ensayos con los que se ganó el sustento en el periodismo. Como narrador, Poe es el precursor de los relatos de terror, de tema científico y policíacos que en la segunda mitad de su siglo se desarrollaron, creando modelos e incluso géneros; como poeta tuvo una enorme influencia en tres de otra lengua, el francés, que lo auparon a antecedente de ese segundo romanticismo: el simbolismo. Haber suscitado ese interés y admiración en Mallarmé, Baudelaire y Valéry ya dice mucho de su carácter excéntrico en la tradición angloamericana. Por más que William Carlos Williams, Hart Crane o el primer T. S. Eliot vieran puntos de interés en este poeta que ya se definía a sí mismo como «americano» (de los Estados Unidos) en ese siglo de la gran poesía de Inglaterra (que no llega a abarcar cien años, pues va de 1798, fecha de publicación de *Baladas líricas*, a 1892, año en que muere Tennyson), la alargada sombra

de Poe llega sobre todo a Europa (también Fernando Pessoa lo tradujo) y al Río de la Plata, no solo en Borges, sino en sus traductores Cortázar (los cuentos) y Obligado, Lugones, y otros antes. En España, Juan Ramón Jiménez acarició igualmente la idea de traducir la poesía de Poe, antes de la Guerra Civil, y en fecha más próxima a nosotros Raquel Lanseros ha traducido la selección *Poemas de amor*.

Como escribió Juan Eduardo Cirlot, que tenía como predilecto el espectral «Ulalume», y que supo entrar en el mecanismo de las aliteraciones tan profusamente empleadas por Poe, al que conviene leer en voz alta, este «nos habló tan larga y tristemente de la muerte, dándole a la vez tantos rodeos, y mostrándola en tan dolientes e inauditos aspectos (metamorfosis, resurrecciones totales o parciales)», que ocupa un lugar único. Solo Nerval se le acerca en esto. Él mismo cultivó como nadie el que consideraba el tema supremo: la muerte de una mujer hermosa. Y compuso algunos poemas de añoranza y pérdida (pienso en «El cuervo» o «Annabel Lee») que forman ya parte del repertorio vivo y memorable de infinidad de lectores, y no únicamente de los textos originales sino también de sus traducciones a, prácticamente, todas las lenguas. Las adaptaciones al cómic y al cine no han escaseado. También ha habido recreaciones en verso, como el poema «El cuervo» que Luis Alberto de Cuenca incluyó en su libro de 2010 *El reino blanco*. Y es que como el propio Luis Alberto ha afirmado en su siguiente entrega, *Cuaderno de vacaciones* (2014), nada importa el posible solipsismo, el alcoholismo, el cúmulo de defectos de Poe. «Sí importa, en cambio –por citar tres casos

/ de directos discípulos de Poe-, / que Melville inventara *Moby Dick* / a partir de la extraña criatura blanquísima / que clausura el relato de *Arturo Gordon Pym*, / o que las pesadillas de Lovecraft se forjaran / sobre las de Edgar, o que Baudelaire / tradujera al francés su prosa en cinco entregas / que lo harían famoso en toda Europa. / ¡Larga vida al psicópata de Boston!»

Sobre el carácter fallido de los dos poemas tempranos «Tamerlán» y «Al Aaraaf», cabe asumir el juicio de Auden sobre la poesía de Poe, que es la falta de tiempo que la persigue: tiempo libre para componer versos desatendiendo tareas más apremiantes y necesarias para la supervivencia, pero también falta de tiempo como falta de sazón, de madurez, pues, a pesar de la superchería que difundió el propio Poe sobre la datación de sus ejercicios poéticos, no son esos poemas precozmente infantiles sino juveniles, pero faltos aún de experiencia y decantación. En esa página de Auden, que sabía lo que es escribir reseñas por encargo, leemos: «La mayor dificultad de Poe como poeta estriba en el contraste entre los muchos problemas y experimentos poéticos que le interesaban y el tiempo que podía dedicarle a cada uno. Para que el resultado responda a la intención [...], el escritor tiene que ejercitar la mano en una continua práctica. El prosista que ha de ganarse la vida con su oficio posee una ventaja: que en el constante aprendizaje de su oficio, incluso el trabajo puramente alimenticio le resulta útil; por desgracia, no hay un ejercicio parecido a disposición de los poetas sin dinero».

Otro poeta, José Manuel Benítez Ariza, quien dedicó su tesis doctoral a Poe y a continuación publicó *Un sue-*

ño dentro de otro. La poesía en arabesco de Edgar Allan Poe, dirige su pesquisa a establecer «en qué punto o tramo de la obra del poeta, narrador, ensayista [...] puede documentarse ese matiz diferencial respecto al romanticismo propiamente dicho que lo convierte en precursor de los movimientos estéticos subsiguientes». Y ahonda en ese aspecto de tanta enjundia como es la falta de fiabilidad del narrador (tan caro a James) y en las mistificaciones de Poe, sus *hoaxes* (que Benítez Ariza como buen escritor no duda en traducir con voces sabrosas y rotundas como embeleco y, sobre todo, camelo, más las «amplias tragaderas» del público), y dedica páginas plenas de interés a *Eureka* y a las travesías en globo, que relaciona con «Al Aaraaf». Algunas de las páginas más hermosas que se hayan escrito sobre globos en nuestra lengua, por cierto, las firmó Álvaro Cunqueiro a propósito del aerostato que para la festividad de san Roque alza su gozoso milagro en Betanzos (el lector interesado puede homenajearse a sí mismo buscando esas páginas de *El pasajero en Galicia*).

Benítez Ariza narra con plasticidad el episodio de la lectura calamitosa del 16 de octubre de 1845 en Boston, y hurga, sin ser eso lo que más le importe, en los recovecos de la compleja mentalidad de Poe, en los motivos que este pudo haber tenido para «reventar» el acto. Y desempolva materiales poco conocidos como una reseña de T. S. Eliot en la que el de Missouri declaraba esto que sigue pareciendo hoy válido: «Poe es tanto la *reductio ad absurdum* como la culminación del movimiento [romántico]». Al superar el romanticismo, en efecto, Poe suelta un lastre que permite elevarse al globo de su poesía. Se

ha escrito que mientras sus contemporáneos miraron más a Wordsworth, él se volvió al más complejo Coleridge, con quien tanto comparte (por citar solo un aspecto, lo onírico, raíz de la que crece «Kubla Khan» en el inglés y «Un sueño dentro de otro sueño» en el americano»).

Poe escribió versos más conmovedores que los de «El cuervo», pero acaso ningún poema suyo iguale a este en madurez expresiva. Se trata de un cuerpo vivo, orgánico, al que todas sus partes son necesarias, como lo son las alas para el ave. Él lo sabía, y por ello escribió el ensayo «Filosofía de la composición», en el que habla del proceso de redacción de «El cuervo», seguramente exagerando su papel de frío estratega. Nos consta que antes de su publicación Poe requería a menudo el parecer de amigos y conocidos para introducir posibles mejoras en los poemas. Es necesario discernir en esa «Filosofía» lo que realmente guió a Poe y luego este, a posteriori, añadió para causar una mayor impresión de racionalidad y dominio de la técnica sobre la improvisación. No comparto del todo el juicio de Eliot: «Nos es difícil leer ese ensayo sin pensar que si Poe planeó su poema con tanto cálculo, se podía haber esmerado un poco más: el resultado apenas hace honor al método». Es cierto que «El cuervo», como casi toda su poesía, es a veces vulgar y rimbombante —ahí está «Annabel Lee»—, pero también, como casi toda ella, posee una inimitable originalidad, una llama que prende en el lector, un algo que atrae la atención del público en general y de la crítica más seria. Paradójicamente, «El cuervo» es un poema muy poco sentimental que despierta hondos sentimientos; es un poema escrito a sangre fría para producir angustia.

Algunos poemas de los que componen esta antología ya vieron la luz en *Poe y otros cuervos. Primeros poetas norteamericanos* (2006). Los mismos, más un puñado más, han aparecido en fecha más reciente en un libro ilustrado por Kike de la Rubia. Aquí ofrezco una antología más amplia que reúne lo que considero fundamental del verso de Poe, vertido como creo que hay que verterlo, pendiente de sus sonoridades. Por ello he incluido rasgos formales que recordaran, cuando no directamente emularan, los del original. Así, en «Tarjeta del día de san Valentín», poema acertijo en el que se esconde en acrónimo el nombre de Frances Sargent Osgood, desvelado por la primera letra del primer verso, la segunda del segundo, la tercera del tercero, etcétera. O en los ecos, el doblar de «Las campanas».

Mención aparte merece «El cuervo», la más conocida de sus composiciones en verso. Mi versión sigue la estructura métrica del poema, tan repetitiva en su ritmo y rimas finales e internas. No negaré que, como todas, es susceptible de mejora, pero quiero creer que no le sonaría muy distinta del original a quien ignorase el inglés y el español igualmente. He procurado que en nuestra lengua, también, posea el son chirriante de una pesadilla.

Para el texto inglés me he basado en *The Complete Poetry and Selected Criticism of Edgar Allan Poe*, en edición del también poeta Allen Tate (Meridian, 1981). El orden seguido es el cronológico, salvo en el caso de «Alone», «Solo», extraordinario autorretrato que, si bien se publicó por primera vez en 1875, habría sido com-

puesto en 1829 o 1830, cuando Poe no había cumplido veinte años (época por otra parte en la que ya se puede hallar el germen de muchos de sus poemas, reescritos a lo largo de su carrera literaria).

Antonio Rivero Taravillo

El cuervo
y otros poemas

Song

I saw thee on thy bridal day—
 When a burning blush came o'er thee,
Though happiness around thee lay,
 The world all love before thee:

And in thine eye a kindling light
 (Whatever it might be)
Was all on Earth my aching sight
 Of Loveliness could see.

That blush, perhaps, was maiden shame—
 As such it well may pass—
Though its glow hath raised a fiercer flame
 In the breast of him, alas!

Who saw thee on that bridal day,
 When that deep blush *would* come o'er thee,
Though happiness around thee lay,
 The world all love before thee.

Canción

Te vi el día de tu boda,
cuando un rubor ardiente te inundó,
aunque la dicha estaba en torno a ti,
y ante ti todo el mundo era amor;

y en tus ojos brillaba una luz
(fuera esta lo que fuese)
que fue cuanto mi doliente visión
de bello pudo ver sobre la tierra.

Aquel rubor, quizá, fue virginal
recato, y como tal pueda borrarse,
mas su brillo encendió una llama intensa
en el pecho, ¡ay! de aquel

que te vio el día de tu boda,
cuando un rubor ardiente te inundó,
aunque la dicha estaba en torno a ti,
y ante ti todo el mundo era amor.

Spirits of the Dead

I

Thy soul shall find itself alone
'Mid dark thoughts of the grey tombstone—
Not one, of all the crowd, to pry
Into thine hour of secrecy:

II

Be silent in that solitude,
Which is not loneliness—for then
The spirits of the dead who stood
In life before thee, are again
In death around thee—and their will
Shall then overshadow thee: be still.

III

For the night—tho' clear—shall frown—
And the stars shall look not down,
From their high thrones in the Heaven,
With light like Hope to mortals given—
But their red orbs, without beam,
To thy weariness shall seem
As a burning and a fever
Which would cling to thee for ever.

Espíritus de los muertos

I

Tu alma se encontrará sola
entre los pensamientos sombríos de la lápida;
nadie, de entre la gente, espíará
en tu hora secreta.

II

Calla en esa soledad
que no es aislamiento, pues entonces
los espíritus de los muertos que vivieron
antes que tú de nuevo están
alrededor de ti en la muerte, y su poder
te eclipsará: estate quieto.

III

La noche, aunque clara, fruncirá
el ceño y las estrellas no mirarán abajo,
desde sus altos tronos en el cielo,
con luz como esperanza para los mortales,
pero sus orbes rojos, sin brillar,
parecerán a tu fatiga
un arder y una fiebre
que quisieran asirte para siempre.

IV

Now are thoughts thou shalt not banish—
Now are visions ne'er to vanish—
From thy spirit shall they pass
No more—like dew-drop from the grass.

V

The breeze—the breath of God—is still—
And the mist upon the hill
Shadowy—shadowy—yet unbroken,
Is a symbol and a token—
How it hangs upon the trees,
A mystery of mysteries!—

IV

Ahora hay ideas que no desterrarás,
visiones que no se disiparán;
de tu espíritu nunca más se irán
cual gotas de rocío de la hierba.

V

La brisa, aliento de Dios, está en calma
y la niebla en la colina
sombria, sombria, no se va;
es una señal, un símbolo.
¡Cómo pende sobre los árboles,
misterio de misterios!